

Presentación

Nos preocupa la degradación del planeta que el hombre, con su actividad, está llevando a cabo. La filosofía de la ecología nació precisamente por los años en que los registros sitúan el comienzo del cambio climático.

El planeta Tierra es nuestra casa común, pero paradójicamente estamos haciendo todo lo posible para que esa casa resulte inhabitable. Baste reseñar de modo veloz tres graves problemas que amenazan la vida sobre la Tierra.

En primer lugar, la alteración del albedo, que es el reflejo que una superficie devuelve cuando se proyecta luz sobre ella. Cuando caminamos por una montaña nevada en un día soleado nos quemamos la cara. Lo mismo ocurre a nivel mucho mayor: cuando el Sol proyecta su luz en una superficie cada vez más deforestada, convertida en cemento o en cultivos, el reflejo resultante vulnera la capa de ozono. En segundo lugar, la cantidad necesaria de ozono se ve también menoscabada como resultado del efecto invernadero que provocan determinadas emisiones: automóviles, aviones, industrias. En tercer lugar, la contaminación en versión clásica y aumentada: polución del aire, vertidos en los ríos y en el mar, producción industrial de objetos no desechables y de uso constante, ingestión de plásticos que afectan a la cadena trófica, etc.

Todo parece conspirar a la destrucción de nuestro hábitat y los particulares se preguntan qué pueden hacer para impedirlo en una forma de vida en que la economía parece tener embridada a la política, y esta última estar cegada por objetivos a corto plazo. El alcance de acciones individuales siempre será benéfico, pero nos cuestionamos sobre su eficacia frente a la magnitud de los intereses en juego. Es un poder tan colosal contra nuestras sinceras convicciones que podemos descubrir con vergüenza cómo inadvertidamente consumimos bollería hecha con aceite de palma o refrescos en botellas de plástico que van transformando nuestro entorno en un gigantesco basurero.

En general, la reflexión a distintos niveles converge en la necesidad de contención, de saber cultivar una actitud de reverencia hacia la naturaleza, de redescubrir el valor del mundo como espacio de convivencia entre humanos y con la vida no humana, y no solo como objeto de explotación. Sugerencias desde la tradición filosófica no faltan. Frenar el proceso de autodestrucción de la humanidad exige cambiar la manera de pensar, troquelada desde el umbral de la época moderna por el prurito de dominio y manejo, y sustituirla por otra respetuosa con el medio ambiente. Urge educar también así a las nuevas generaciones, no solo en la vida empresarial imbuida constitutivamente por esa mentalidad explotadora.

José Luis Caballero Bono